

Los soles de invierno son puramente decorativos. Están para animar a las amas de casa a salir precipitadamente a realizar las compras de última hora, y a los ancianos para que comprueben que proporcionan un calor exiguo, similar al de las estufas de butano cuando su llamita mengua hasta el color azul frío de los ojos de un ciego.

D. César era uno de esos viejitos estafado por los soles de Enero que, a la hora del Ángelus, cuando el altavoz de la torre de la iglesia parroquial extendía por el barrio una versión chill out del "Ave María" de Schubert, se dejaba ver por las plazuelas y tramos de parque en donde el sol esperaba a los incautos que buscaban su abrigo.

D. César tendría los ochenta y... con un pico casi tan largo que una década podría tenderse en él sin muchas aperturas. Se ayudaba de un bastón, más elegante y sólido de lo que su mera funcionalidad exigía, cosa ésta que denotaba cierto gusto por detalles que dejen la impronta de sí mismo. Y casi a modo de uniforme, digamos que por la asiduidad del ropaje, vestía un impecable traje oscuro con corbata rematada por un alfiler con escudo y emblema dorados. Todo quizás un poco demodé, pero que le daban al ancianito un aire menos frágil de lo que su edad podría sugerir.

El caso es que se sentaba o paseaba hasta la hora de comer de los funcionarios por las estribaciones solares, tal que un girasol buscándole la cara al astro, tal que un lagarto sin rabo en un tapial busca en sus rayos consuelo.

Pasábase esas horas mirando pero como no viendo, o eso daba a entender un continuo ir y venir de unos ojillos que, no por parapetasen en la profundidad de unas ojeras bajo el dintel de unas sibilinas cejas algo desdibujadas, dejaban indiferentes cuando conseguían fijarse en algo. Y de unos días hacia atrás, sus inquietos ojos se esforzaban más en la inquietud.

D. César hubiera querido que sus otros desgastados sentidos se hubieran concentrado en sus ojos para que, mirando, olieran el rebufa hasta de las sombras al pasar; para que, viendo, escucharan el susurro de bocas que no estaban hablando; para que, observando la vacuidad del aire, sintieran el tacto hasta de la nada.

Y de esta manera, mirando pero como no viendo, escrutaba todo y a todos los que más o menos cerca de él pasaban.

Y lo peor de aquello era que, todos y todo, le traían a la mente algún recuerdo que le avivaba el fuego de las sospechas.

D. César retrasaba cuanto podía la hora de la comida, no porque no tuviera hambre sino porque su renqueante cuerpo había hecho costumbre suya la de apagarse momentáneamente, incrustado en su sillón, en cuanto hubiera ingerido algún alimento por mínimo que fuera. Y desde hace unos días, lo que otrora fuera dulce sopor al runrún de la voz del telediario, a raíz de aquella llamada telefónica, se había convertido en conciliábulo de olores y atmósferas, de luces, gestos, humos, palabras, sabores de tabaco, que él había creído sepultar por completo hace casi media vida, y que ahora formaban un torturador aquelarre en su memoria.

“¿Sí?. ¿Dígame, diga...?. ¿Oiga, quién es usted?. ¡ Me cago en sus muertos!.

Piiiiiiiiiiiiih! Click “

Se levantó adormilado, con la pierna izquierda entumecida y con la artrosis de la derecha constatándole que los soles de Enero sólo servían para que los pintores que pintaban paisajes en invierno tuvieran pretexto para incluirlos en sus cuadros. Tomó en su nervuda mano el auricular y, jamás pudo pensar que la respiración, ese lento sonido de ida y vuelta de aire, a través de un teléfono, pudiera tener tal poder de evocación, pudiera convertirse en un atizador tan concienzudo y obstinado en remover una chimenea donde aparentemente apenas había brasas, para que a través de la ceniza del tiempo surgiera el incipiente calor de un olvido que no se había olvidado.

“¿Lo ves, César?”. Barro se es y en polvo te convertirás. Ahí la tienes, una mujer que quería ser una “siete machos” y al final, nosotros, como pequeños Sansones pelados a lo parisién , haciéndole un poquito de fuerza por aquí, cuatro hostias por acá, hemos hecho que el templo filisteo se venga abajo”

D. Joaquín Pemán se encendió un rubio americano para rubricar con ese lujo, difícil de encontrar en aquellos días, el fin de la obra bien terminada: confesión propia y delación múltiple que habrían de traer más trabajos para aquella pequeña sucursal, húmeda y oscura excepto en su centro, donde se encontraba una mesa iluminada perpendicularmente por una desnuda bombilla de 30 vatios que despedía un triangular haz de luz que hacía recordar ese frío que despiden los primeros rayos de los soles en invierno cuando se

desperezan entre las brumas de la albada.

Junto a la mesa de madera, recia y sufrida como las usadas en la matanza del cerdo en los pueblos, aunque bastante menor en tamaño, yacía una mancha negra y desdibujada. De la mancha sobresalía, asiendo una de las patas de madera, la mano de lo que minutos antes era una mujer. Soberbia matrona que por edad estaba a punto de pasar a la categoría de abuela aún con las carnes prietas tras su vestido negro.

Traía su rostro surcos arados por solaneras y aires de faenar en campos ajenos, y sus manos eran un detallado libro de contabilidad donde quedaban inscritos cada uno de los jornales que había echado en su vida.

Pero aquella mujer dejó de ser mujer mucho antes de caer al suelo. Dejó de ser mujer cada vez que el sello de oro de la mano de Pemán le cuñaba el rostro como se cuñan papeles a la entrada de un registro público; dejó de ser mujer cuando sus manos tuvieron que masturbar las vergas de hombres, tan asustados como ella, que habían sido vecinos, compañeros, y hasta familiares, mientras sentía, a través de su pelo negro, la boca helada de un cañón y las risas con tos de aquellos otros a sus espaldas. Sobre todo dejó de ser mujer cuando después de aguantar lo que había aguantado se vino abajo porque algo en su cabeza le dijo que resistir no conducía a nada, que cuando de ella no dependía ni el seguir respirando y ya no tenía ni presente ni futuro y que su pasado se lo estaban borrando a golpes, lo único digno que le quedaba como persona era intentar dar descanso a lo que de ella quedara y dejar en manos de Dios, siempre esquivo con ellos, la carga de repartir perdones y castigos. Y con una mano que no parecía pertenecer a ella firmó aquella lista de nombres que nunca supo que cara tenían.

Pemán le ofreció un cigarrillo con una sonrisa en los labios que le llevaban al infinito los extremos del bigote y le ordenó :

_ Césitar, comprueba si vive.

César se arrodilló junto a la mujer, le desasó la mano de la mesa, le retiró las greñas del rostro amoratado y puso su oído a la altura de una nariz y boca que aún podían llamarse así por el lugar que ocupaban en la cara más que por su forma. Allí escuchó una respiración que, aunque débil, parecía venir del mismísimo Infierno; una respiración que recordaba a un cuchillo de sierra, y que en cierta medida, le sugería un tono de interrogación, entre resignada y desesperada, que preguntaba algo parecido a un "¿por qué?".

_ Todavía respira.

_ Sal un momento Césitar. Voy a formalizar la confesión _ dijo D. Joaquín Pemán dirigiendo su mano derecha bajo la americana.

Se es verdaderamente viejo cuando uno tarda más tiempo en atarse los zapatos que en comer, pensaba D. César mientras recuperaba el resuello sentado al borde de su alcoba.

Eran las cuatro de la tarde y estaba haciendo algo de tiempo en la casa para no llegar demasiado pronto a las novenas de San Antón Abad, que se celebraban en la parroquia del barrio, cuando el timbre de la puerta le sobresaltó.

“¿Quién será, quién puede llamar a estas horas?. Mis hijos viven fuera y no han avisado de que vendrían. La vecindad es toda más joven que yo y el trato con ella nunca ha pasado de la más estricta formalidad. Amigos en la ciudad no tengo, en realidad, tampoco los tengo en otras pues de ellos se ha encargado el natural transcurrir de los años. ¿Quién será? “

Se levantó de la alcoba sacándole gruñidos al somier y, en un arrebato apresurado, llegó en dos pasos al primer cajón de la cómoda. Lo abrió y dejó escurrir su mano por debajo de la ropa interior hasta sentir en la punta de sus dedos la seguridad que proporcionaba la suavidad de las cachas nacaradas de su antigua arma reglamentaria. Dudó unos segundos que se le antojara más eternos que el ruido del goteo de un grifo en madrugadas de insomnio, y después, silencio. Cerró el cajón con el arma dentro y siguió dudando, de pie, frente a la brillante oscuridad del mueble que le devolvía débilmente el reflejo de su figura, la de un ancianito con traje negro; y se decidió por fin a enfilar el pasillo, largo y sin ventanas, hasta la puerta de entrada.

Instintivamente, su huesuda mano aferró su bastón de macizo pomo dorado, y acercó su ojo a la mirilla: entre la penumbra del descansillo ante la puerta, vio más penumbra y más silencio. Acopió los restos de sangre fría que le quedaban dentro de un cuerpo revuelto e inquieto por aquellos días y abrió la puerta. Nada. Miró hacia las escaleras que ascendían hacia el piso superior y todo indicaba tranquilidad. Aguzó el oído hacia las que descendían y no oyó cosa alguna fuera de lo normal.

“¿Te estás volviendo definitivamente un viejo paranoico?” se dijo para sus adentros. Pero cuando se disponía a cerrar la puerta no pudo evitar el ver, sobresaliendo casi por entero de debajo de la alfombra para los pies, un sobre blanco.

Se agachó para recogerlo apoyándose en el bastón. No tenía dirección, ni sello, y mucho menos remite. No estaba cerrado y todo indicaba que lo habían dejado en mano, minutos antes, después de tocar el timbre.

Lo abrió con la misma ansiedad de quien abre su primera carta de amor, pero aquel folio manuscrito a bolígrafo contenía nada parecido a “besos” y “te quiero”. En mayúsculas, las letras componían:

"AÚN SÉ LO QUE HICISTE
EL ÚLTIMO VERANO".

Se quedó helado, no porque fuera en sí el mensaje hartamente amenazador sino porque fuera lo que fuera su significado y fuera quien fuera su autor, sabía dónde vivía.

Llegó lívido e inquieto a la parroquia. Sudoroso pese a que el butano que alimentaba al sol de Enero estaba dando las últimas boqueadas de la tarde.

Se sentó en el último banco de la nave lateral, pegado al muro que le hacía las veces de respaldo.

Aún estaba la iglesia vacía y pensó en aprovechar la entrada de los feligreses para observar sus rostros y gestos en un intento de encontrar alguna mirada, alguna sonrisa, cualquier cosa que le indujera a encontrar rastros de culpabilidad en el bromista del anónimo.

La iglesia se llenó y enmudecieron las campanas para dar voz al sacerdote:

"¡Oremos!"

y la parroquia entera se levantaba o se sentaba a la de una,"como la ola en el fútbol" susurraba D. César algo más tranquilo.

Cerró los ojos como solía hacer en su trabajo cuando tenía que clasificar y desechar datos e informaciones en hora de ir reconstruyendo con cierta lógica las situaciones que se le presentaban y había que resolver.

Los resplandores de las velas, que porfiaban por salir de la tiniebla de las capillas laterales, la salmodia y letanías huyendo de boca de las beatonas vestidas de negro y el olor que despedían a bolas para las polillas, fueron sedando la atención de D. César y hundiendo su cabeza en zonas que, no por escondidas dejaban de existir, las cuales, al igual que el pulso de quien es salvado por los médicos late apenas perceptible en un principio para al final sentirse como latigazos que pretenden romper las sienas, fueron emergiendo de la confusión del recuerdo y el olvido

Tras dar un gran suspiro, el barrigón de Pemán bajó de golpe como una enorme ola rompiendo contra las rocas, y desperezándose como un gorila reumático dijo:" Otra noche más a las espaldas, Cesitar. Provechosa y de limpieza general. Y a la salud de lo bien que te vas manejando en el oficio, te invito a cenar."

Salieron los dos hombres a una noche entrada en horas y generosa en frío, y durante el corto trayecto a la tasca de la esquina no hablaron, entreteniendo el pensamiento en lo que sus estómagos iban a requerirles.

Pemán barrió con el último trozo de pan el fondo de su segunda cazuela de callos y, palillo en boca, rubio americano ya en su mano, tras apurar la botella de vino tinto, pidió coñac y café para ambos.

_ Sí César, estas son las cosas verdaderas de una verdadera vida digna de ser vivida _ rió y tosió, sin saberse muy bien cual de las dos cosas hizo primero_ Bien comido y bien bebido ¿qué nos falta para completar la sabiduría del refranero patrio?

Se llegaron hasta la puerta de un edificio donde la miseria travestida de modestia se escurría por su fachada.

Observó Pemán cierto reflejo luminoso en una de las ventanas y, tomando a César del brazo, comenzó a ascender las empinadas escaleras, tanteando las paredes para no tropezar y caer en la oscuridad.

Les abrió una mujer cuya treintena de años no lucía como debiera porque el hambre atrasada y presente mengua el pavoneo de la carne, pero no obstante, aún rebosaban sus pechos lugares dignos donde ser mordidos.

Le susurró un saludo a Pemán y señaló una cuna donde dormía una criatura de no más de un año , en un rincón de la estancia, en cuyo centro, encima de una pequeña mesita, ardía una vela.

Con D. Joaquines por delante la mujer le fue preguntando cómo estaba su marido y cómo iban las gestiones que le prometió hacer, a lo que Pemán contestó lacónicamente que las cosas de palacio iban despacio, y que a eso precisamente venían su amigo y él, a que les renovara las ganas de seguir trabajando en tan arduo asunto, pues eran muchas las culpas de su hombre y nada fácil pasarlas por alto, aunque todo llegaría.

Los ojos negros de aquella mujer, en menos de un instante, recogieron en su redondez toda la tristeza de la escarcha de Enero; y comenzó, con la familiaridad que se adquiere al no ser primeriza en ciertos menesteres, a desabrochar el pantalón de Pemán, y poco a poco fue humillando su frente hasta caer de hinojos, mientras que a D. Joaquín su sonrisa le enviaba los bigotes más allá de los límites de la ciudad.

_ ¿Mamá? ¿Son estos hombres amigos de papá?

_ ¡ César! _ gritó Pemán.

Y de una manera automática, como el impulso eléctrico que se desencadena al apretar un interruptor, César propinó una bofetada al crío enviándolo de un empujón dentro del cuartucho de donde había salido.

La mujer estalló; y como una gata, de estar acuclillada, en un segundo se abalanzó hacia Pemán que, pese a estar aún subiéndose los pantalones, pudo a tiempo esquivar la primera acometida y parar en seco el intento de segundo embate cuñándole salvajemente la ceja.

Rompió a llorar el bebé, y toda la sangre del mundo no pudo esconder el fuego del odio devastando unos ojos que atravesaban a Pemán.

Éste, impertérrito, conocedor del significado de la mirada, se encendió un rubio americano y con una voz dulce, como la de un padre reconviendo a un hijo por hacer mal y así perder algo que estaba a punto de conseguir, le dijo:

_ ¡Esta noche tu marido ha dejado durante unos años de ver crecer a los hijos que en mala hora le hizo a su puta! ¿No te parece?

El odio de la mujer se transformó en un llanto en sordina y en la seguridad de que, las noches que le vinieran en gana a Pemán, tendría que abrir de nuevo su puerta.

Estuvieron un rato caminando sin hablar hasta que llegaron a una plaza donde cada uno tenía que tomar distintos caminos de regreso a casa.

_ ¿Qué te pasa César? _ le preguntó Pemán

_ Sus ojos, D. Joaquín. Los ojos del niño al que pegue. No me gustaron _ respondió haciendo esfuerzos por hablar _ Nunca imaginé tener que pegar a un niño. Lo hice sin pensar.

_ No les des más vueltas, no es bueno. Son servicios extras que exige nuestro trabajo ante cualquier contingencia.

Verás, César, nuestro oficio requiere a veces de estos pequeños detalles para conseguir la finalidad de nuestra misión. Se nos pide que traigamos después de la barahúnda el orden y la paz, pues no hay mejor paz que la de los cementerios, pero tampoco se nos permite que dejemos medio país vacío y excesivamente llenas las cunetas, así pues, lo más eficaz es dejarlos sin ganas de hacer bulla. Para ello, tenemos que ir a lo más humano que todavía conserven estas alimañas para tratárselo de aquella manera y poder extirpárselo por su bien.

Hay que averiguar que es lo que les sostiene todavía, qué es lo que aún mantiene esa milonga que llaman dignidad y que les daría el valor suficiente

para esperarte en una esquina y darte pasaporte y empezar a dejar todo manga por hombro de nuevo.

Si conseguimos averiguarlo, en este caso, el cual te ha valido como clase práctica, su marido y sus hijos son esa milonga, hay que darles a entender que de nada vale su resistencia, porque a ellos los tenemos en nuestras manos. De esta manera les quitamos la humanidad que les queda: ese poder elegir entre dejarse morir o dejar que se mueran con humana dignidad, y entonces, en ellos únicamente florece, invadiéndoles por entero, el instinto de sobrevivir y que los otros sobrevivan a toda costa y mandan a la mierda las milongas, haciéndoles la situación tan dóciles como la lengua de un perro lamiendo nuestras manos.

Y si encima podemos sacar algún pequeño provecho carnal por nuestros desvelos ¿qué problema hay?.

César parecía no haber atendido a la parrafada de Pemán y sólo se atrevió a decir de nuevo: "sus ojos".

_ ¡ Cojones César! _ Pemán lo cogió de las solapas y lo zarandeó _ ¡cojones! _ y vio como el sello de oro reflejaba rayos de luna llena a la altura de su cara.

_ ¡César! ¡ D. César! ¡D. César!

Abrió los ojos y encontró alrededor de él un grupo de beatas y al cura que lo tenía por los hombros.

_ ¿Le ocurre algo? _ le preguntó el sacerdote.

_ No, creo que no. Me he debido de quedar dormido.

_ Creímos que estaba enfermo, incluso que podía haber sufrido un ataque. La novena ha acabado hace unos minutos. ¿Se encuentra bien de veras?.

_ Sí, eso creo.

Pasaron los días y D. César no salía tanto como antes. Las pocas veces que lo hacía era un sin vivir continuo. Procuraba no mirar los ojos de la gente y, cuando se cruzaba con alguien, se daba la vuelta con el deseo de descubrir que ese alguien también se había vuelto y así constatar que podía ser uno de los bromistas que le estaban amargando los epígonos de su existencia.

Su vejez le retorció aún más el cuerpo, y los bastones, poco a poco, dejaron de ser meros accesorios para quedar convertidos en auténticas tablas de salvación en sus cada vez más cortos paseos.

A veces, trataba denodadamente de poner todo su empeño en descubrir quienes podían ser aquellos que, después de tantos años, intentaban cobrarle unas cuentas que no tenían por qué, pues sus reconocimientos estatales, sus condecoraciones, su excelente paga de jubilación, y el buen vivir del que hoy

día disfrutaban las generaciones que no sufrieron aquellos años, eran fruto de aquellos sacrificios y desvelos, todo lo cual avalaba la rectitud del proceder de él y de tantos otros como él .

Otras, sin embargo, quería dejarlo todo pasar, _" ya se cansarán" se decía; porque cada vez que indagaba en su memoria, a la postre único campo de investigación que él podía manejar, le venían servicios a la patria que el paso del tiempo y la traición hipócrita de muchos les había dado olor a culpa y remordimiento.

Desde que se le presentara aquella tarde en plena novena, soñaba a menudo con Pemán; de cómo , tras aquella noche de dudas, se tomó como empeño personal el enseñarle el oficio hasta que lo aprendiese mejor que él, y no había interrogatorio o detención que no lo llamase a su lado para que observase las distintas variantes y técnicas existentes para extirpar aquello que él denominaba "tumor de humanidad".

Siguieron llamadas al timbre, y al sonido del timbre le siguieron sobres con anónimos al estilo: "LOS DÍAS QUE TE QUEDAN SON UNA CUENTA ATRÁS", pero ya dejaba muchos sin leer, guardándolos en la cómoda junto al nácar de la culata.

También, en los días de especial nerviosismo, dejaba buen rato el auricular del teléfono descolgado y sacaba sus viejas medallas para limpiarlas y abrillantarlas, aunque no hiciera ni unas horas desde que las sacara por última vez. Con sumo cariño tomaba en sus apergaminadas manos la estrella de cinco puntas al mérito, y con la yema de sus dedos recorría cada una de sus puntas: Valor, Lealtad, Honor, Sacrificio, Ejemplo; e iba susurrándose éstas y otras palabras que las más altas autoridades de la Nación pronunciaron con engolada voz en los discursos y actos de entrega. Aún, si se lo proponía, era capaz de reproducir casi por entero aquellas floridas soflamas refrendadas por los aplausos de los asistentes a las ceremonias, recordando como brillaba en sus rostros la admiración que le profesaban.

Pero ahora, en su salón, no había nadie, y los aplausos eran sólo silencio, y la única mirada que le dirigían era la de su mujer desde el retrato que descansaba sobre la tele.

Su mujer, tantos años muerta, y en estos días, sin acertar a saber muy bien por qué, cuando aparecía de súbito la noche venciendo a los congelados soles de Enero, la recordaba como quien recuerda que se le han perdido las llaves.

Era un recuerdo neutro, desprovisto de intensidad o melancolía. En verdad, era una forma de recordar fiel a la realidad, pues neutra había sido su convivencia con ella. Le dio hijos, supo mantener el decoro en los momentos en que los rumores de queridas eran algo más que rumores, y cuando un cáncer decidió llevársela, supo morirse callada y neutramente, sin aspavientos.

Hacía tantos años... y ahora la recordaba cada dos por tres, y en una de esas rememoraciones de su imagen, en un aseado blanco y negro, atisbó el conocimiento de que su soledad se estaba cambiando por miedo.

Miedo de estar solo, del ruido de los vecinos subiendo y bajando las escaleras, miedo de un silencio de pasos empantanándose en el descansillo frente a su puerta, miedo de asomarse por entre los visillos de la ventana y parecerle que cierto coche lleva más tiempo del razonable aparcado frente a la puerta de su edificio, miedo a que el reflejo de los espejos le devuelvan una imagen que pudiera no ser la suya o, a lo peor, que fuera la realmente suya.

“¡Qué viejo estás, Cesitar!”

D. César, sentado en su sillón, al calor de la mesa camilla, con la mirada perdiéndose a través del cuerpo de Pemán, no se inmutó.

“ ¡Qué te decía, amigo mío!. Barro se es y en polvo te convertirás, y tú estás en el término medio: barro reseco a la espera de un aire que te desmorone y te lleve en polvo.

¡Con lo que has sido!. Nada más y nada menos que Comisario Jefe de la Brigada; por cierto, puesto que yo te cedí. Y ahora, ahí, viejito y utilizando el brasero y las sayas de la mesa como búnker para protegerte de toda tu vida.

¡Si fuiste el mejor!. A nadie que no hubiese nacido para este ingrato oficio que fue el nuestro se le hubiera ocurrido la posibilidad de uso que tenían, dentro de los interrogatorios, aquellos recios bastones de pomo dorado que te dio por coleccionar. Eso sí, un poco horteras para mi gusto, pero eficaces en la tarea de despoblar de dientes las mentirosas bocas de tanta y tanta canalla con la que tuvimos que tratar.

¿Y todavía me sigues con tiquismiquis?. ¿No te sirve en tu descargo la forma en que te promocioné al que fue mi puesto?.

¡Sí señor!. Fue un día duro. ¿Qué cuánto de duro?. ¡ No me jodas Cesitar! Que tú estuviste esa jornada de principio a fin conmigo, manejándote con el bastoncito de marras como los ángeles. Caían las confesiones que permitieron hacer aquellas famosas redadas como maná en el desierto.

Sí hombre, aquellas que te valieron la estrella de cinco puntas...

¡Lástima que no pudiera asistir a su entrega! Aunque no fue por mi culpa.

Pues sí, acabamos aquella gloriosa fecha y yo te quise invitar a cenar, como tantas otras noches hice y que tantas otras no aceptaste. ¡Joder!, desde aquella noche de lo del crío, que te quedaste un poco memo y no tuve más opción que espabilarte de una hostia, no permitiste cenar más conmigo.

Sentí de todas todas haberte pegado pero creía que te perdía, y eso me hubiera jodido, porque tu habías nacido para el oficio, y a las pruebas me remito: tropecientos años de viejo, morirás en cama cristianamente y con toda la ferralla y bisutería que se puede colgar en la solapa de uno de los nuestros colgada en la tuya.

El caso es que no eché más en ver tus negativas, y me fui solito y contento a despacharme unas cazuelitas de callos. ¿Y qué te voy a contar que tú no sepas? Bien comido y bien bebido ¿qué más quieres cuerpo mío?. ¿Y qué iba de querer?

Recordé a una modistilla que había controlado por la comisaría Norte haciendo a la desesperada gestiones por un hermano que teníamos en nuestra sucursal, y curiosamente el azar hizo que su dirección estuviese aquella noche en el bolsillo de mi americana. ¿Te aburras Cesitar?. No he de tardar; además, el final no ha cambiado de cómo tú lo conoces, pero las historias tienen su hilo que hay que seguir para que no se enrede y la historia acabe enmadejada.

Pues iba yo pensando en los términos que habría de negociar con aquella modistilla, ¡uhm ,delicia de tetas de quince años!; cuando - ay la distracción , César, que malos resultados trae - no me oí llegar los pasos que hacía buen rato me seguían y cuando quise reaccionar y echar mano a la pistola bajo la americana, ya tenía cuarto y mitad de cañón de hierro en mi barriga.

Eran tres, y alguna cara me sonaba, pero no estaba uno en condiciones de preguntar de dónde nos conocíamos. Recibí algunas tortas merecedoras de alabanza mientras me llevaban a un descampado cercano. ¿Sabes César?, yo ya sabía que mi afición por hacer gestiones a favor de terceros me había traído este mal naípe y que sólo me quedaba por conocer el formato del matarile. ¡Y esos mierdas tampoco fueron excesivamente finos de ingenio!. Eso sí, algo sabían de "tumores de humanidad" porque fueron directos a extirparme el mío: de tres tiros me volaron los huevos. Mira Cesitar, como un eunuco me dejaron.

Uno me quiso rematar, pero el que hacía de jefe le dijo que me dejara desangrarme a la memoria de sus mujeres. Y así lo hice, con paciencia y viendo como un galgo viejo se atiborraba de mi sangre en un charco.

¿Comprendes entonces que no fue nada personal lo de mi no asistencia a tu medalla y ascenso a mi puesto?

¿Te imaginas que aquella noche hubieras venido conmigo?¿Piensas quizás que hubiesen dicho al apuntarte a los cojones:"¡Ay no, a éste no lo capamos a fuego porque no se dejaba comer el pito!¡A éste le meteremos por el culo su bastoncito de oro!"; te imaginas?.

¡Joder!. O ellos o nosotros, y tú fuiste el mejor de todos nosotros. Y ¿aún dudas?

Apretaba tanto el frío que los hielos de la madrugada hubieran helado hasta el hambre de los perros en la calle que ladraban descompasadamente.

Poco a poco, las luces que venían de los edificios se disipaban en la oscuridad gélida de la noche que avanzaba hacia otro día, y por el barrio no andaba otra gente que aquella que busca desesperadamente cometer un último pecado antes de que un nuevo sol de Enero los mandase con el culo del deseo helado a hacer penitencia al lecho conyugal.

D. César no se había levantado en horas del sillón, mirando pero como no viendo. Reflexionaba sin apartar su mirada de la espectral figura de D. Joaquín Pemán, ahí delante de él, oliendo a rubio americano.

Por un momento echó la vista hacia la foto de su mujer y se le antojó más neutra que otras veces. Renqueante se llegó hasta ella y la puso boca abajo. Recogió dentro de una caja metálica la estrella de cinco puntas junto a las demás y la cerró con llave.

"Ahora vuelvo D. Joaquín" dijo entre dientes mientras se dirigía a su alcoba.

Se sentó en la cama y volvió a chirriar el somier. Sintió frío y le pareció notar al respirar que dentro del pecho tenía un cuchillo de sierra. No quiso encender la luz para no encontrarse en el espejo de la habitación otros ojos que no fueran los suyos.

Se acercó como pudo hacia la cómoda y revolvió su ropa interior hasta alcanzar la claridad del nácar.

Desde el salón pareció oír que le gritaban: "¡Fuiste el mejor Cesar, no lo olvides!" seguido de una gran risotada que se fue convirtiendo en tos.

Lo único que sentía en aquel momento era no haber colgado el auricular del teléfono pues ya no iba a tener sentido tenerle más miedo a su sonido.

Como cada sábado, a eso de las doce de la mañana, cuando sonaba el "Ave María" por los altavoces de la torre, Juan esperaba en la plaza al resto de la panda para planear lo que iba a dar de sí el fin de semana.

Llegaron Pedro, Miguel y Santi y pronto se enzarzaron en un pequeño debate de si cine o salón recreativo, saliendo vencedora la postura de acudir ya mismo a los recreativos.

Cuando fueron a cruzar la calle que separaba la plaza del resto del barrio, vieron todo un cortejo fúnebre, con su alargado coche delante y los familiares ,con otros cuatro ancianitos, detrás. Un jubilado que estaba a su lado esperando cruzar, se quitó la gorra en señal de duelo y respeto.

_ ¿Quién se ha muerto? _ le preguntó con curiosidad Juan.

CERTAMEN
Jóvenes Artistas
DE CASTILLA-LA MANCHA
2005

Relato
Jesús Panadero Valera
"Los soles de enero"
2º Premio

_ D. César, el viejecito que venía por aquí a tomar el sol casi todos los días.

Camino de los recreativos ninguno de los cuatro dijo nada. Sólo Juan, por un momento detuvo la marcha y estuvo a punto de decir algo, pero fue un mínimo instante de duda, pues estaba convencido de que unos pocos anónimos en broma y alguna llamada telefónica en la que ni siquiera hablaban no habían podido tener nada que ver con la repentina muerte de aquel viejecito que veían casi todos los días paseando por la plaza.

Entraron los cuatro al salón de juegos y formaron parejas para jugar a los futbolines. Fuera, en todo lo alto del cielo, un sol de Enero vigilaba el tranquilo discurrir de una mañana de sábado a la espera de que acudieran a sus rayos incautos en busca de calor.

FIN